

---

---

## Pongo en sus manos lo que es suyo \*

---

---

Con estas principiantes y primeras palabras, quiero expresar mi agradecimiento. Lo dije muchas veces y lo repito ahora: nadie merece un premio. En su sentido más profundo, la creación siempre es colectiva. Por consiguiente, quien puede merecerlo es la generación a que pertenezco. Una generación en que los muertos pesan más que los vivos. Debo reconocer que unos y otros, los vivos y los muertos, me sostuvieron en los años difíciles, influyeron en mí continuamente, y en cierto modo consiguieron hacerme como soy. Al jurado y a ellos debo darles las gracias, y esto es un acto de reconocimiento, desde luego, pero es también una restitución: pongo en sus manos lo que es suyo.

Debo también agradecimiento al Estado español, que ha instituido y mantenido el premio. Su creación fue un acierto, que ha servido a dos causas principales. La primera: ayudar eficazmente a mantener la unidad de la lengua. Ya es causa suficiente, pues la unidad de la lengua es la razón de las razones. Pero, además, ha establecido una meta común entre los escritores hispanohablantes y un nivel nuevo de aspiración y de esperanza. Considero que la creación de un nivel de esperanza tiene más interés que la creación de un seguro social. Ya es hora de saberlo. Desatendidos por la sociedad, y vistos con recelo por los gobiernos, los escritores españoles no pueden ser perseverantes en la defensa de su vocación. Nadie se lo permite. El escritor es un naufrago en tierra firme, y «escribir en España sigue siendo llorar».

La tarea de escribir no es la más apreciada entre nosotros. Sin embargo, esta labor estabiliza la unidad de la lengua, la mantiene en estado naciente e influye en su proceso de crecimiento. La lengua crece o degenera. Nunca se encuentra en el mismo punto y es necesario defenderla. A quien tenga poder para hacerlo, corresponde esta obligación. Es necesario defenderla y es necesario hacerlo a tiempo. El lenguaje no es sólo un medio de comunicación. La lengua es nuestra patria: hemos nacido a ella y hemos vivido en ella. Mas la lengua es también la frontera de cada hombre. Delimita la vida personal y perfila nuestras virtudes y nuestros vicios, nuestros valores, nuestros saberes y nuestros poderes. En la lengua que habla se ve el rostro de un pueblo. Guarda todos sus rasgos y es igual que un espejo interno. Un espejo de adentro. Ahora bien, como la lengua no es sólo un medio de expresión, sino un sistema de instalación vital, si no la hablamos correctamente es porque no vivimos plenamente. Quien no habla bien su lengua, no ha aprendido a vivir. Quien la habla mal, vive a traspiés. Hay que tenerla a punto y, sin embargo, desde hace ya bastante tiempo se habla en España de una manera descuidada y defectuosa. Es un error muy grave: quiere decir que no vivimos a la altura de nuestro tiempo.

---

\* Discurso de recepción del Premio de Literatura Miguel de Cervantes, leído el día 23 de abril de 1983 en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares.

Al escritor le atañe también otra tarea que considero capital. Desde hace más de un siglo, en todas las naciones más o menos civilizadas se va perdiendo y degradando el espíritu de comunidad. Sólo subsiste en aquellos lugares que no tienen contacto, ni contagio, con la vida moderna. No voy a entrar en la cuestión: es ardua. Aquí y ahora, baste decir que la labor social más importante del escritor es el cuidado y mantenimiento del espíritu de comunidad. Desde las tres grandes orillas de la lengua escribimos uniéndonos, a veces sin saberlo. Los escritores verdaderamente importantes son anteriores a sí mismos, pero también son anteriores a su pueblo. Son ellos los creadores del espíritu popular. Creo suficiente recordaros que en la poesía de Federico García Lorca se reconstruyen nuestras raíces.

Mas no estamos nosotros a esa altura, ni todo son merecimientos en la labor del escritor. Desde hace varios días pienso en este discurso. No es fácil escribir. Cuanto más te interesa lo que estás escribiendo, se escribe más difícilmente. En rigor, nadie sabe escribir pues, al hacerlo es, justamente, cuando nos damos cuenta de la indigencia de las palabras. Entonces, y sólo entonces, advertimos que la escritura no es fiel al pensamiento, pues al quitarle su fluidez, expresa únicamente sus muy diversas instantaneidades. En rigor, cuando escribes, sólo puedes fijar sobre el papel el pensamiento mutilado. Esta es la penitencia del escritor. Esta es la penitencia que no se acaba nunca. Para ordenar de nuevo el mundo y recrearlo hay que ordenar de nuevo esa pared de las palabras, esa pared que cada día te estrecha y te limita más. El milagro de la creación poética estriba, pues, en las limitaciones del lenguaje, tanto para expresar el pensamiento como para expresar la realidad. Crear es ensanchar y engrandecer el mundo conocido, mas la creación tiene su cruz: al fin y al cabo, para crear es preciso escribir, y escribir es encerrarse en una cárcel. Esta es la servidumbre y la grandeza del escritor, y ésta es la ley de origen de la creación poética.

Ahora bien, escribir es mi oficio y es necesario hacerlo, es necesario encarcelarse y enterrarse en palabras. Ahora estoy escribiendo este discurso. Para escribirlo, antes que nada, hay que elegir un tema. En nuestro caso no hay cuestión: el tema viene propuesto por el nombre del premio. Una vez hecha la elección ya estamos en camino y quisiera decir que esta elección me satisface. He dedicado gran parte de mi vida al estudio de la obra de Cervantes y pienso que hablar de él, en este día, no es solamente una obligación, sino una forma de agradecimiento. La lectura de Cervantes me ha dado muchas alegrías. Sin embargo, ¡cuidado! Una cosa es leer y otra es caer, pues la lectura del *Quijote* se nos adentra tanto que a veces es igual que una caída. Una caída de difícil y lenta recuperación, pues te puedes pasar la vida entera sin levantarte de ella. Para salvar esta dificultad conviene recordar que don Antonio Machado recomendaba a los poetas:

*Da doble luz a tu verso,  
para leído de frente  
y al sesgo.*

Esto precisamente es lo que ocurre con Cervantes. Hemos leído innumerables veces con las aventuras y desventuras de don Quijote, pero después hemos sentido una comezón muy parecida al remordimiento. Quien no la sienta, peor; le falta algo

importante para vivir. Así, pues, mucho cuidado con la lectura del *Quijote*. No es tan sencilla como parece y hay que hacerla con doble luz: la luz del comprender y la luz del compadecer. Cuando la sociedad es injusta con don Quijote, y lo es continuamente, es indudable que no podemos comprender al caballero sin compadecerlo, y es indudable, también, que no podemos compadecerlo sin sentirnos culpables. Todos somos injustos. Todos hemos alzado la mano, alguna vez, contra don Quijote.

Estoy hablando de Cervantes y sé, muy bien sabido, que es tema peligroso y zarandeado. Sin embargo, no tengáis miedo. No voy a referirme al Manco de Lepanto, ni volveré a decir, por millonésima vez, que nuestra lengua es la lengua de Cervantes. A pesar del millón de citas, esta opinión es un dislate porque la lengua cambia constantemente, y además, porque cada cual habla como puede, y a veces aún peor. También existen otros riesgos que es necesario sortear. Por ejemplo, no creo gustosa la erudición histórica, y así no haré apostillas al Renacimiento. Hay que dejar en paz ciertas palabras. Como dice Azorín: «Entre caballeros, no es necesario hablar del Renacimiento». Finalmente, tampoco voy a referirme al temple heroico de su carácter en tantas ocasiones demostrado, sí a su heroísmo como escritor. Por experiencia propia lo sabéis: para ser escritor, en muchas ocasiones, hace falta heroísmo. Cervantes representa, mejor que nadie, ese raro heroísmo del que depende la cultura: el heroísmo de la libertad.

Tengo que limitarme a hablar de un solo aspecto de su obra. No es el más destacado, es el más útil, y por eso lo elijo. Cervantes ha sido siempre considerado como el mejor ejemplo literario. Sin embargo, para nosotros es algo más: para nosotros es un modelo. Conviene distinguir entre ambos términos: el ejemplo se admira y el modelo se imita. No es igual una cosa que otra. Creo preciso imitar a Cervantes por diversas razones, y las voy a enunciar, sencillamente, sin adentrarme en ellas. Desde hace más de doscientos años, Cervantes siempre ha sido un escritor contemporáneo. Nunca ha perdido esa virtud. Nunca ha perdido el contacto interior con los lectores. Nos habla desde dentro de nosotros, y por esta razón ha sido, al mismo tiempo, compañero y contemporáneo. Su lectura es imprescindible porque aún tiene una actualidad sucesiva, misteriosa y profética. Y algo más todavía; sigue teniendo una actualidad liberadora. Nos interesa destacar este aspecto. Hoy vivimos la crisis más profunda que hemos vivido nunca. Pues bien, siempre que la vida española se encuentra en crisis, vuelve la vista hacia Cervantes para encontrar en su novela el código de salvación.

Esto me hace pensar que Cervantes no sólo tiene razón y tiene gloria: tiene poder sobre nosotros. Es nuestro tribunal de última instancia. Su lectura nos alegra y nos hace vivir a manos llenas, pero ante todo y, sobre todo, nos hace el aire respirable. ¿No habéis pensado nunca que cualquier hombre que lee el *Quijote* recobra la esperanza, y, por así decirlo, se *confirma en sus manos* sabiendo que puede realizar cuanto desea? Nada importa entender el *Quijote*: lo que importa es leerlo. Lo que importa es vivirlo. El *Quijote* es un libro tan insólitamente libre que en él no hay nada irrealizable. Es un libro que nos hace vivir. Basta leerlo para creer. Basta leerlo para crecer. En cada una de sus páginas nos repite lo mismo. Si tienes puesto en hora el corazón, puedes cambiar el mundo. Puedes hacerlo justo. Puedes hacerlo libre. Es cuestión de